SE SUSCRIBE
En Cartagena despacho de D. Liberato Montells. Provincias, corresponsales de A. Saavedra.

EL ECO DE CARTAGENA

PRECIOS
Cartagena un mes 2 pts. trimestre 6 id. Provincias 7'50. Anuncios y comunicados á precios convencionales.

AÑO XVIII.—NÚM. 5346. 1.º DE ABRIL DE 1879.

REDACCION Y ADMINISTRACION

EL ECO DE CARTAGENA.

Mártes 1.º de Abril de 1879.

UNA ESFINGE.

I.

... recibí un ... billete perfumado, elgante, coqueton, mimoso. Al billete acompañaba un estuche muy bonito, guardador de una llave de plata. Arturo no estaba en casa cuando un lacayo entregó para él los antedichos objetos; pero al darle sus criados pormenores de la librea del portador, exclamó: ¡Ah! ¡Sí! ¡Está bien! ¡Ya caigo! —En efecto, había caido. El billete decia así: «Amor y discrecion deben correr parejas. Esta noche, sin falta á la salida del Real, una muger atormentada por el remordimiento, ansia olvidar sus infortunios en brazos del más gentil de los hombres. Entre el deber y la pasion se ha declarado guerra á muerte, y mi pecho es el campo de batalla. Espero que vendrás á levantar en él el estandarte victorioso del amor. Debes triunfar en toda la línea. Apenas me haya apeado del coche, entraré por la puerta principal de mi casa en la Castellana. Aunque la lateral izquierda dá mi gabinete tocador, este es inaccesible por el camino recto. Será necesario filtrarse por la pared, como la estátua del Comendador. La operacion es fácil. Doblada la esquina, y colocado tú debajo del primer balcon, notarás practicada sobre la media caña del zócalo una cisura por donde meterás la adjunta llave; despues de tener la evidencia de que nadie te ha visto, Dando media vuelta hácia la mano derecha, con regular presion, los simulados sillares cederán, girando sobre un costado, y por la estrecha abertura penetrarás inmediatamente para que la trampa se cierre detrás de tí. Subirás la angosta escalera que comunica á la puerta falsa, y el primer golpecito dado suavemente en ella llegará hasta mi corazon, llenándole de alborozado desconcierto. Habrán de trascurrir diez minutos entre mi entrada y la tuya.

¿Debo firmar esta carta? ¿Acaso se ha marchitado ya el capullo que mis lábios acariciaron tantas veces mientras se escuchaban las embriagadoras melodías del aria de «La favorita?» No lo creo, porque al perderse en la puerta del teatro fué á parar á manos que deseo estrechar contra mi corazon.»

La letra de este billete era menuda y fina. Si no le habia escrito una mujer, al ménos se habia tratado de aparentarlo.

II.

Arturo de Montenegro á un amigo íntimo, residente, á la sazon, en provincias.

«Mi querido Alfredo: Estoy loco de contento. No sé por donde empezar; pues aún *la* siento en mi Siento en la cara la suavidad de sus cabellos, en la boca el calor de sus lábios. De mí se desprende su perfume, y parece que me baño en el éter impalpable que la envuelve.

Rompe esta carta apenas la hayas leido. Cometo una imprudencia al escribirla; he jurado no hacerlo jamás sobre el asunto que trato; pero si no te lo cuento todo, si no deposito en la reserva de mi mejor amigo el secreto que me abruma, me va á dar la tentacion de contárselo al primer conocido que tropiece en el Club. ¿Te acuerdas de la condesa? —Es un imposible —me decias, cuando yo ponia en juego todos mis recursos para llamar su atencion.—Es honrada; tiene un marido muy buen mozo, y en la opinion general pasa por una mujer intachable. Nada más cierto. Y á pesar de lo que vas á leer, continúa siendo tan honrada como ántes, brilla en su frente la tranquilidad de la virtud; porque no el vicio, sino la pasion, una pasion pura, combatida por el deber, por la religion, por el miedo, y al fin triunfante, avasalladora, la ha arrojado en mis brazos, donde me enorgullezco de haberla estrechado en horas de ventura, cuyo recuerdo me trastorna. No te rias, Alfredo. Su caida no es la de una mujer vulger vulgar. El ángel conserva mitidas las alas. En la region del amor elevado, por más que el entusiasmo del mundo le conciba fuera de la legalidad, no hay impurezas que manchen.

No soy dueño de mí para coordinar los hechos. Quisiera detallarlos; pero temo que aparezcan á tus ojos como livianidades y no como legítimos arrebatos de dos almas que se han reconocido fuera de su patria.

Resumiré. En dos años, aquel rostro de nieve por el color y por la naturaleza, permaneció siempre frio para mí, No obstante, bajo sus severas líneas se ocultaba un no sé qué que me arrastró á atrevidas empresas. Del éxito de ellas da testimonio una série de imperceptibles concesiones que constituyen el encanto de mi vida. Anteanoche, mientras se cantaba en el régio coliseo la «Favorita», aquellos ojos, buscados con insistencia por los mios, brillaron repetidas veces con el fuego de la pasion; aquellos lábios, tan solicitados por los mios, se contrajeron al poder de condescendientes sonrisas. Acabado el espectáculo, conseguí recoger una flor que aún guarda el hábito de la condesa. Al dia siguiente recibí una carta y una llave; dos talismanes para llegar hasta el gabinete de mi amada. El pudor de[illegible] me obliga á cerrar un velo sobre las [illegible] Pasión [illegible] bien pronto. Es cierto que al verme, despues del golpecito dado en la puerta falsa del gabinete, cambió su actitud, como si fuera yo un extraño que engañosamente penetraba allí: es cierto que balbuceó algunas frases cuyo sentido no supo apreciar mi perturbacion; más al fijar la condesa sus lindos ojos en los renglones que me habia escrito la mañana de aquel mismo dia; sin leerlos apenas, porque su mano los trazara, resistiendo quizá á los impulsos de la conciencia, la mortal palidez que cubria su rostro fué desapareciendo bajo el matiz de las rosas encendidas, y, sucumbiendo á la postrer lucha entre el deber y el amor, cayó temblorosa en mis brazos, de los cuales se desprendió trasfigurada. El último palmo de terreno huyó bajo sus piés en aquellos instantes. Triunfé, como me ordenaba, en toda la línea. Y [illegible] confidencias la más leve alusion á la carta ni á la llave; señal de que su delicado instinto comprendia la ridiculez de ocuparse de unos objetos que ella me habia remitido.

La memoria de la noche pasada me perturba aún como te he dicho al principio. ¿Quieres una prueba más de la inocencia que preside á esta falta que la sociedad pintaria con horribles colores si la conociera? Sabe, pues, que la condesa me ha prohibido terminantemente seguirla en paseos, mirarla en el teatro, aproximarme á su casa, y hacer uso de la llave, hasta nueva órden. Necesita recogerse, reconcentrarse, saborear en lo recóndito de su alma las delicias de su primera caida, como ella la llama. Tampoco la condesa representará en público hasta pasados unos dias. ¿Aman así las mujeres que tú conoces? Mi querido Alfredo, no emponzoñes, por Dios te lo pido, con tu cacareada experiencia la dulce copa que gusto con deleite. No es porque te tema, es porque una burla tuya, del único amigo ante quien abro mi pecho para que no me ahogue la felicidad, me haria mucho daño. Tuyo, Arturo».

III.

Juanito Tenorio á Luisito Mejía que se halla en Paris.

«Carísimo: Te cedo generosamente el campo. Estás autorizado por mí para emprender la difícil conquista de la condesa de los Lagos, como ellos serena y tranquila, criatura deliciosa que refleja en su superficie [illegible] sobre los corrosivos de la seduccion, infusible en las altas temperaturas de otro amor que no fuera el mio, la condesa se ha lanzado por el camino de las aventuras. ¡Quién lo diria de una mujer cuyas palabras, cuyos gestos, cuyos pasos examina atenta la buena sociedad, ávida de arrojarse sobre una presa que el escándalo ha respetado hasta ahora, y que me figuro respetará en lo sucesivo!

Desde ayer, desde anoche, pertenezco á la categoría de los amantes arrinconados. Algunas debilidades de la condesa, que al fin es mujer, y como tal coqueta, no merecieron de mi orgullo otro reproche que leves sarcasmos, dichos en momentos de buen humor. Yo no podia dudar en sério de una virtud de quien yo solo tenia derecho á dudar. Pero hace dos dias que la decoracion ha cambiado por completo. Figúrate un primer acto de miradas correspondidas en el Real, un segundo acto de sonrisas y un tercero de coquetos, terminando el espectáculo con una flor que en el vestíbulo pasa del regazo de la condesa al ojal de la levita de Arturo. Yo lo vi, y apenas lo comprendí despues de haberlo visto. Es más; ella vió que yo lo habia visto.

En pocas horas hizo tan desatentada, mujer en favor de Amalia, de mi nuevo capricho lo que en varios años no se atrevió á emprender mi ligereza subyugada. Soy libre, Luis, como el pájaro en la inmensidad, como el hombre de reputacion ha de verlo en este mundo, engañoso. He caido con gracia, con serenidad olímpica, vengándome como un Dios Estoy satisfecho de mi venganza.—Juan Tenorio.»

IV.

La condesa de los Lagos.—

al Excelentísimo señor ministro plenipotenciario de España en Lisboa.

«Esposo del alma: Como llevo tu amor en el pecho, llevo tu nombre, tu honra, que un infame se ha atrevido á mancillar. Sal inmediatamente para esta, y líbrame de la calumnia con que me ultraja por casinos y clubs un insolente á quien no conozco mas que de nombre. El despecho y la vergüenza me tienen encerrada en casa, solitaria, sin defensa hasta que me presentes á las luz del sol, amparándome con tu proteccion y cariño.

Te adora.—Matilde.»